

ANTES DE QUE SALGA EL SOL.
CUENTOS
MIJÁIL ZÓSHCHENKO

Traducción:
Rafael Guzmán Tirado

GRANADA
2017

Publicado con el apoyo del Instituto de Traducción (Rusia)



- © MIJÁIL ZÓSHCHENKO
 - © Traducción: RAFAEL GUZMÁN TIRADO
 - © UNIVERSIDAD DE GRANADA
- ANTES DE QUE SALGA EL SOL. CUENTOS
ISBN: 978-84-338-6070-5.
Depósito legal: Gr./731-2017.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de cubierta: Tarma. estudio gráfico.
Preimpresión: Atticus Ediciones, Granada
Imprime: La Madraza. Albolote. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

NOTA DEL TRADUCTOR

Durante el proceso de traducción de esta obra he intentado conservar al máximo los rasgos específicos del estilo de Mijáil Zóshchenko: repeticiones de palabras y frases, inversiones sintácticas, sintaxis rota, léxico arcaico, exceso de palabras vulgares y de jerga, que no se encuentran en la lengua rusa moderna. Se trata de deformaciones estilísticas, presentes especialmente en los cuentos, que introduce el autor, persona de profunda formación y de gran talento, con el único objetivo de dejar al descubierto la mente ambivalente de su personaje clave: el hombre de la calle, poseedor de una humilde moral y de una visión primitiva del mundo, que se perdió en la época de la transición y que estaba muy lejos de los ideales revolucionarios del autor. Cuando leemos los cuentos de Mijáil Zóshchenko, hay que tener presente esta gran distancia intelectual y cultural que existe entre el autor y su personaje principal.

Mijáil Zóshchenko aceptó la Revolución de Octubre con mucho entusiasmo al principio pero muy pronto descubrió que la mente de la persona corriente no se adaptaba a lo nuevo y reflejó en sus narraciones lo que le preocupaba realmente al ser humano de la calle: la compleja simbiosis de las costumbres del pasado con los elementos de un nuevo orden soviético. Por eso, en cada frase y en cada palabra se percibe la sensación de ambivalencia del ser humano que vive en la frontera de dos sistemas.

He intentado asimismo acercar al lector, en la medida de lo posible, a la realidad de las culturas rusa y soviética, manteniendo nombres de *realias* y poniendo tildes en los nombres y apellidos para que no quede deformada su pronunciación como suele ocurrir con frecuencia.

Rafael Guzmán Tirado

INTRODUCCIÓN

Mijaíl Mijáilovich Zóshchenko (1894-1958) fue un escritor, dramaturgo, guionista y traductor ruso-soviético. Se le considera un clásico de la literatura rusa del S. XX.

Mijaíl Zóshchenko nació en San Petersburgo en 1894, en el seno de una familia aristocrática rusa en la que predominaba el culto por las bellas artes. Su padre, Mijaíl Ivánovich Zóshchenko (1857-1907), fue un artista de gran talento, y su madre, Elena Ósipovna Súrina (1875-1920), hasta su matrimonio, trabajó como actriz, escribió y publicó diversos cuentos en revistas literarias. En 1913, M. Zóshchenko, tras terminar el colegio, estudió un año en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Petersburgo.

El 5 de febrero de 1915 se puso a disposición del Estado Mayor del Distrito Militar como comandante de la compañía, participando en diversas acciones militares.

Durante la Primera Guerra Mundial, M. Zóshchenko fue galardonado con cinco órdenes por su valentía y coraje. El 9 de febrero de 1917 fue hospitalizado por una enfermedad coronaria, resultado de una intoxicación por gases. Tras abandonar el hospital, fue enviado a la reserva.

Tras la Revolución de Febrero, en el verano de 1917 fue nombrado Jefe de Correos y Telégrafos y Director la Oficina de Correos de Petrogrado. Pronto dejó este puesto de trabajo, para mudarse a Arjánguelsk, donde desempeñó el cargo de ayudante de la milicia. Rechazó la propuesta de emigrar a Francia.

A principios de 1919, a pesar de que quedó exento del servicio militar por razones de salud, ingresó voluntariamente en el Ejército Rojo. En abril de 1919, tras un ataque cardíaco y su posterior tratamiento en el hospital fue declarado no apto para el servicio militar y fue desmovilizado.

Tras dejar definitivamente el servicio militar, desde 1920 a 1922, M. Zóshchenko cambió en numerosas ocasiones de profesión: fue agente de la Policía Judicial, funcionario del puerto militar, carpintero, zapatero, etc.

En la literatura se estrenó en el año 1922 como miembro del grupo literario “Serapónovy brátia” (los hermanos Serapión), cuyos miembros, partidarios del realismo, rechazaban la demagogia y hablaban de la necesidad de la independencia del arte de la política.

En las obras de la década de 1920, M. Zóshchenko crea la imagen cómica del protagonista: un hombre de la calle con moral humilde y una visión primitiva del mundo. En la década de 1930, el escritor elige un género diferente, la narración larga, y publica “La juventud devuelta”, “El libro azul” y otras obras; en estos años comienza a trabajar en el libro “Antes de que salga el sol”.

Entre 1920-1930, los libros de M. Zóshchenko se publican en varias ocasiones con grandes tiradas y el escritor actúa por todo el país, cosechando un éxito literario enorme.

En abril de 1946, el escritor ruso-soviético fue galardonado por su valiente intervención en la Gran Guerra Patria de 1941-1945. Tres meses después publicó su relato cómico para niños “Las aventuras de una mona”, que vio la luz en 1945, en la revista infantil “Murzilka”, siendo duramente criticado por la censura soviética.

El 14 de agosto de 1946 se edita el Decreto del Comité Central de Partido Comunista sobre las revistas literarias “Estrella” y “Leningrado”, en las que se publicaban las obras de M. Zóshchenko. En dicho Decreto se criticaba duramente su obra literaria, siendo expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos y privado de los mínimos medios de subsistencia. Desde este momento no solo se dejaron de publicar sus obras literarias, sino que su nombre quedó completamente prohibido: se le dejó de mencionar en la prensa e, incluso, los editores de las obras traducidas por él no indicaban el nombre del traductor. De 1946 a 1953, M. Zóshchenko fue obligado a ocuparse de la traducción de obras literarias extranjeras.

Sólo tras la muerte de Stalin, en junio de 1953, M. Zóshchenko fue readmitido en la Unión de Escritores Soviéticos.

Pasó sus últimos años vida en su casa de campo de Sestroretsk, situada cerca de San Petersburgo. El 22 de julio de 1958, Mijaíl Zóshchenko falleció de un ataque cardíaco.

«ANTES DE QUE SALGA EL SOL»

En 1940, Mijaíl Zóshchenko continúa trabajando en la narración “Antes de que salga el sol” (que primero se llamó: “Las claves de la

felicidad”). Reconoce que estuvo trabajando en esta obra a lo largo de toda su vida literaria y que ya desde mediados de la década de 1930 estuvo recogiendo los materiales para este libro. La idea principal de esa obra se puede expresar así: “El poder de la mente es capaz de derrotar al miedo, a la desesperación y al desaliento”. Como dijo el mismo Mijaíl Zóshchenko, “se trata del control del nivel superior de la mente humana sobre el inferior.

M. Zóshchenko, tras penetrar en la profundidad de su mente, buscó allí el estímulo que se convertiría en el primer paso para descubrir las causas de su enfermedad, tratando de encontrar el origen de sus males y desgracias. En cierto momento, creyó que este análisis detallado de “los juegos del organismo” tenía algún sentido. Creía que encontraría el secreto de su enfermedad. Y tras descubrir este secreto, sería capaz de derrotar su depresión.

“Antes de que salga el sol” es un libro autobiográfico y científico, es una confesión del autor; esa historia personal demuestra cómo trató de superar su melancolía y el miedo a la vida. Además, pensaba que el miedo a la vida era una enfermedad mental suya y no una característica de su talento. Trató de sobreponerse a sí mismo y de adaptarse a una visión del mundo optimista. Para ello (tal y como él pensaba tras leer las obras de Pávlov y Freud) debía deshacerse de los miedos y superar los tristes recuerdos de la juventud. M. Zóshchenko, tras recordar su vida, descubrió que casi toda ella estaba llena de impresiones oscuras, pesadas y trágicas.

Gracias a este libro, el lector conoce los finos detalles de la vida interior de este escritor tan popular en la época soviética.

A partir de agosto de 1943, la revista “Oktiabr” publica el primer capítulo de “Antes de que salga el sol”. Sin embargo, otros capítulos no pudieron ver la luz por la censura soviética. “Antes de que salga el sol” fue publicado por primera vez completamente en 1973, en los Estados Unidos, y en la patria del autor, tan solo en 1987.

El fenómeno de la personalidad creativa de Mijaíl Zóshchenko

El fenómeno de la personalidad creativa de Mijaíl Zóshchenko refleja una época histórica revolucionaria turbulenta con sus trágicas contradicciones y grandes búsquedas ético-estéticas. Se puede decir que en sus obras y en su propio destino se descubren no solo los grandes cambios que se han producido en la historia rusa reciente (con el desmantela-

miento de un sistema político-social), sino también los cambios en la visión del mundo: se trata de la transformación de las temporalidades de la cultura rusa, de la ruptura del pasado histórico y de la aspiración hacia futuro (la creación de un “nuevo” estado soviético, de un “nuevo hombre soviético” y de “nuevos” medios de cultura soviética).

Precisamente, M. Zóshchenko en 1920-1930 presentó un extraordinariamente rico panorama de su tiempo, una compleja simbiosis de las costumbres de un tiempo pasado con los elementos del nuevo orden soviético. En sus obras coexisten elementos de dos épocas: antes y después de la Revolución de Octubre. Este escritor fue capaz de transmitir extraordinariamente la sensación de ambivalencia del ser humano que vive en la frontera de dos sistemas.

A la vanguardia de la prosa soviética satírica, M. Zóshchenko creó una novela cómica original, basándose en la tradición de Gógol y Chéjov. Él mismo describió su misión en la nueva cultura soviética como la creación de “una nueva literatura”; el objetivo del arte soviético era “servir al pueblo” (Zóshchenko 1984: 105¹). Esta orientación determinó su código cultural: “el modelo romántico de conducta” no solo en el arte, sino también en la vida real, la creatividad como estilo de vida y el código de Don Quijote. Este fenómeno es un momento clave en la personalidad creativa de M. Zóshchenko que determinan los rasgos específicos de su obra literaria. Precisamente, este radicalismo romántico del escritor determinó su concepción de la “nueva literatura”. A M. Zóshchenko, la literatura rusa que existía antes de la Revolución de Octubre le parecía espiritualmente agotada, incapaz de responder a los desafíos del tiempo revolucionario. En los primeros años de la Revolución, Zóshchenko formuló la concepción de la negación de la “vieja Rusia”, de los viejos hábitos y de las viejas ideas, entre las que se encontraba la literatura clásica con sus “altos” conceptos. Por otro lado, este modelo romántico de conducta determinó su orientación espiritual hacia la tradición de Gógol. Al escritor le preocupaba la invariabilidad y el conservadurismo de la mentalidad humana en un período revolucionario, en una situación de cambios radicales en todas las esferas de la vida humana. Este tema aparece en muchas de sus obras de la década de 1920.

1. Зощенко, М. (1984): «Литература должна быть народной»: Из творческого наследия, Литературное обозрение, 1984, 9, С. 100-108.

Por lo tanto, en lo que respecta al fenómeno de la personalidad creativa de M. Zóshchenko se puede destacar el carácter ambivalente de sus “conexiones”, que se reflejan no solo en su obra literaria sino también en su mundo interior. Dicha ambivalencia se explica, por un lado, por una causa objetiva (la proclamación de su novedad y de su independencia del arte), y, por otro lado, por otra subjetiva, (la lucha del autor contra su propia neurosis, contra su propia melancolía). Hay que destacar que M. Zóshchenko pertenece a los clásicos soviéticos más interesantes, cuya obra se abre ahora a los investigadores y lectores hispanohablantes en toda su complejidad y versatilidad.

Larisa Sokolova
Universidad de Granada

ANTES DE QUE SALGA EL SOL

Caminaba con tristeza por la calle del pueblo. Solo la calle y las casas seguían siendo las mismas. Los habitantes eran diferentes. Los anteriores vivieron aquí como invitados y se fueron, desaparecieron para nunca más volver aquí. Murieron...

Creo que ese día me di cuenta de lo que era la vida, de lo que era la muerte y de cómo hay que vivir.

Mijáil Zóshchenko

PREFACIO

Hace mucho tiempo que tenía en mente escribir este trabajo. Inmediatamente después de haber publicado mi obra “La juventud devuelta”.

Llevaba casi diez años recogiendo materiales para este nuevo libro y esperando su inicio en la tranquilidad de mi despacho.

Pero no ha habido forma.

Al contrario. Durante este tiempo, las bombas alemanas cayeron cerca de mis materiales en dos ocasiones y mi maletín con los manuscritos se llenó de cal y cascotes e, incluso, llegaron a acariciarlos las llamas. A veces me pregunto cómo han logrado sobrevivir.

Todo el material recopilado también voló conmigo cuando escapaba del frente alemán del Leningrado sitiado, unos veinticinco cuadernos pesados, a los que para rebajar su peso les había arrancado las tapas cubiertas de tela. Con todo eso, pesaban cerca de ocho kilos de los doce que permitían llevar en el avión. Hubo un momento en el que me dio pena haber cogido esta basura en lugar de algunos calzoncillos de invierno y un par de botas más.

Sin embargo, triunfó el amor por la literatura, y resignándome a mi triste destino, en mi viejo portafolios negro me llevé mis manuscritos a Asia Central, a la ahora bendita ciudad de Alma-Atá.

Todo el año estuve escribiendo diferentes escenarios sobre temas necesarios durante la Gran Guerra Patria y durmiendo en un sofá cama de madera debajo del que había estado guardando los manuscritos. A veces lo levantaba para contemplar si en el fondo de madera contrachapada descansaban mis veinte cuadernos junto a una bolsa de panecillos secos, que tenía preparados siguiendo la costumbre de Leningrado. Los hojeaba, lamentando amargamente que no llegara el momento de ponerme a trabajar en un tema que parecía tan innecesario y tan alejado de la guerra, del rugido de los cañones y del silbido de los proyectiles.

—No pasa nada —me dije—, tan pronto se termine la guerra, me pondré a trabajar en ellos.

Solía poner mis cuadernos en el fondo del sofá y, tumbándome encima de él, me preguntaba cuándo se terminaría esta guerra. Pero no me atrevía a pensar en una fecha fija porque parecía que eso no iba a ser muy pronto.

“Sin embargo, ¿por qué no había llegado aún el momento de ponerme manos a la obra? —pensaba—. ¡Mis materiales hablan del triunfo de la mente humana, de la ciencia, del progreso de la conciencia! Mi trabajo contradice la “filosofía” del fascismo, que dice que la conciencia trae a la gente innumerables desgracias y que la felicidad del ser humano reside en el retorno a la barbarie, al salvajismo y al rechazo de la civilización.

La verdad es que es más interesante leer esto ahora que hacerlo en el futuro”.

En agosto de 1942 coloqué por fin mis manuscritos sobre la mesa y, sin esperar el final de la guerra, me puse a trabajar.

I. PRÓLOGO

*Por su buena intención hacia la obra,
Al actor se le perdona cualquier interpretación.*

Hace diez años escribí el relato, titulado “La juventud devuelta”.

Era un relato común y corriente, de los que escriben a montones los escritores, pero al que añadí unos comentarios: “estudios de carácter fisiológico”.

Estos estudios explicaban el comportamiento de los personajes del relato y proporcionaban al lector información sobre la fisiología y la psicología del ser humano.

No escribí “La juventud devuelta” para la gente de ciencia, aunque fueron ellos precisamente los que más atención le prestaron a mi trabajo. Hubo muchas controversias. Y aunque escuché numerosas mordacidades, también se dijeron sobre él palabras afables.

Me desconcertó que los científicos discutieran conmigo con tanta seriedad y apasionamiento, lo que significaba que o bien yo no sabía mucho (pensaba yo) o la ciencia no había tocado suficientemente las cuestiones que yo, por mi falta de experiencia, sí me había atrevido a tocar.

De cualquier manera, los científicos hablaban conmigo casi de tú a tú. Incluso empecé a recibir convocatorias a reuniones en el Instituto del Cerebro, e Iván Petróvich Pávlov¹ me invitó a sus “miércoles”².

1. N.T.: Iván Petróvich Pávlov (1849-1936). Fisiólogo ruso que realizó el conocido experimento consistente en hacer sonar un metrónomo justo antes de dar alimento en polvo a un perro, llegando a la conclusión de que, cuando el perro tenía hambre, comenzaba a salivar nada más oír el sonido del metrónomo.

2. N.T.: En 1918 comenzó a realizar investigaciones en un hospital psiquiátrico. A iniciativa suya, en noviembre de 1931, se creó en dicho hospital un centro clínico en

Insisto, no escribí mi obra para la ciencia. Se trataba de una obra literaria, donde el material científico era solo una parte de ella.

Siempre me ha sorprendido que el pintor, antes de dibujar el cuerpo humano, necesariamente deba estudiar anatomía porque solo el conocimiento de ella lo exime de errores al pintar. Sin embargo, el escritor, responsable de algo más que del cuerpo humano —de su mente, de su conciencia— rara vez se interesa por ese tipo de conocimiento. He considerado mi obligación aprender algo más para así poder compartirlo con el lector.

Así surgió “La juventud devuelta”.

Ahora que han pasado diez años, veo perfectamente los defectos de mi libro: era una obra incompleta y asimétrica, y probablemente, deberían de haberme criticado más de lo que lo hicieron. En otoño de 1934 conocí a un extraordinario fisiólogo, A. D. Speransky³, quien, al hablar de mi libro, me dijo:

—Aunque prefiero sus cuentos habituales, reconozco que es necesario también escribir sobre lo que usted escribe. El estudio de la conciencia no es solo una cuestión de los científicos. Tengo la sensación de que esto sigue siendo más un asunto del escritor que del científico. Yo mismo soy fisiólogo y, por eso, no tengo miedo a decirlo.

Le respondí:

—Yo también lo creo así porque el campo de la conciencia, el campo de la actividad psíquica superior, nos pertenece más a nosotros que a ustedes. El comportamiento humano puede y debe ser estudiado con ayuda del perro y de la lanceta. Sin embargo, tanto el ser humano como el perro a veces tienen “fantasías”, que de forma extraordinaria cambian la fuerza de las sensaciones, incluso, durante un mismo estímulo. Y aquí a veces se hace necesaria “la conversación con el perro” para comprender, en toda su complejidad, su fantasía, pero “la conversación con el perro” es ya un campo totalmente nuestro.

Sonriente, el científico añadió:

—Usted en parte tiene razón. La relación entre la fuerza del estímulo y la respuesta a menudo no es uniforme, menos aún en el campo de las sensaciones. Pero si usted opta por este campo, precisamente aquí es donde se va a encontrar con nosotros.

el que Pávlov llevaba a cabo sesiones científicas, que llevaban el nombre de “miércoles clínicos”, por celebrarse en ese día de la semana.

3. N.T.: Alexéi Dmitrievich Speránsky (1887-1961). Científico soviético en el campo de la fisiología y la patología médica, miembro de la Academia de la URSS (1939) y de la Academia de Ciencias Médicas de la URSS (1944).

Pasaron varios años después de esta conversación. Al enterarse de que yo estaba preparando un nuevo libro, el fisiólogo me pidió que le hablara de este trabajo.

Le dije:

—En pocas palabras, se trata de un libro de cómo me deshice de muchas aflicciones innecesarias y me hice feliz.

—¿Es un tratado o una novela?

—Será una obra literaria, en la que la ciencia entrará en ella al igual que en otras ocasiones la historia entra en la novela.

—¿Y va a tener comentarios?

—No. Será un conjunto inseparable, algo parecido a lo que sucede con el cañón y el proyectil, que constituyen un todo.

—¿Será, por consiguiente, un trabajo sobre usted?

—Medio libro estará dedicado a mi persona. No se lo oculto, lo que me tiene muy confundido.

—¿Va a hablar de su vida?

—No. Es aún peor. Voy a hablar de cosas de las que no se suele hablar en las novelas. Me consuela el hecho de que va a tratar sobre mis años de juventud. Es como si hablara de un difunto.

—¿Pero hasta qué edad habla usted de sí en su libro?

—Aproximadamente hasta los treinta años.

—¿Tal vez pueda usted incluir unos quince años más? Entonces, el libro incluiría toda su vida.

—No —le dije—, a partir de los treinta años me convertí en una persona completamente diferente, que no servía para los objetivos de mi trabajo.

—¿Es cierto que se produjo un cambio tan grande?

—Ni siquiera puede llamarse cambio porque lo que surgió fue otra vida, totalmente diferente a la que había.

—Pero, ¿cómo ocurrió? ¿Fue el psicoanálisis? ¿Freud?

—No, en absoluto. Fue Pávlov. Utilicé sus principios y sus ideas.

—¿Y qué fue lo que usted hizo?

—Hice, de hecho, una cosa muy sencilla. Quitó lo que me molestaba: los reflejos condicionados incorrectos, surgidos en mi conciencia por error. Destruí la conexión falsa que existía entre ellos y rompí las llamadas “conexiones temporales”, en palabras de Pávlov.

—¿De qué forma lo pudo hacer?

En aquel entonces, yo no había reflexionado bien sobre mis materiales y, por eso, me costó responder a esta pregunta. Pero conté el principio, si bien es cierto que de forma muy vaga.

Perdido en sus pensamientos, el científico añadió:

—Escriba. Pero eso sí, no prometa nada a la gente.

—Voy a tener cuidado —le contesté—. Prometeré solo lo que haya recibido yo mismo. Y sólo a aquellas personas que tienen cualidades similares a las mías.

Riéndose, el científico continuó:

—Eso es poco pero está bien. La filosofía de Tolstoi, por ejemplo, fue útil solo para él y para nadie más.

Le respondí:

—La filosofía de Tolstoi era la religión y no la ciencia y fue la fe la que le ayudó. Pero yo estoy muy lejos de la religión y no estoy hablando de fe ni de sistema filosófico. Estoy hablando de fórmulas férreas, probadas por un gran científico. Pero mi papel es modesto en este tema porque he comprobado estas fórmulas en la práctica de la vida humana y he unido todo lo que parecía que no se podía unir.

Me despedí del científico y no lo he vuelto a ver desde entonces. Posiblemente pensó que yo había abandonado mi libro, incapaz de concluirlo.

Pero yo, tal y como dije, estaba a la espera de un año tranquilo, que nunca llegó. Es una lástima porque bajo el rugido de los cañones escribo mucho peor. La belleza banal, sin duda, se verá reducida y las preocupaciones del alma van a minar mi estilo, mientras que las alarmas aéreas van a apagar el conocimiento, y el nerviosismo se interpretará como prisa. En esto se ve el descuido por la ciencia y la falta de respeto por el mundo científico...

¡Científico!

Allí donde mis palabras te parezcan irrespetuosas,

Bórralas. Te doy permiso.

Que el lector ilustrado perdone mis pecados.

II. SOY INFELIZ, SIN SABER POR QUÉ

*¡Lamentable! ¡Cómo puede ser!
¡Ocultarse del radiante sol y encontrar gozo
En una prisión alumbrada por una candela!...⁴*

Cuando recuerdo mis años jóvenes, me sorprende de la cantidad de dolor, ansiedad y melancolía innecesarios que sentí. Los más maravillosos años de mi juventud estuvieron teñidos de negro, aunque en la infancia no había sentido nada semejante.

Ya mis primeros pasos de joven estuvieron empañados por esta increíble tristeza para la que no encuentro comparación.

Intentaba estar con la gente, encontraba la felicidad en la vida, buscaba amigos, el amor, encuentros felices... Pero en nada de eso encontraba consuelo. Todo palidecía en mis manos y la melancolía me perseguía a cada paso. Era infeliz, sin saber por qué.

Cuando cumplí los dieciocho años, encontré la explicación.

“El mundo es horrible —pensaba—. Y la gente trivial. Sus conductas son cómicas y yo no quiero ser oveja de este rebaño”.

Encima de mi escritorio colgué una cuarteta de Sófocles:

*El no haber nacido triunfa sobre cualquier razón.
Pero ya que se ha venido a la luz
Lo que en segundo lugar es mejor, con mucho,
Es volver cuanto antes allí de donde se viene⁵.*

Por supuesto, sabía que existían otros puntos de vista más alegres, incluso entusiastas. Pero yo no respetaba a las personas capaces de bailar

4. N.T.: “Cimbelino” de William Shakespeare, acto nº 1, escena 6.

5. N.T.: “Edipo en Colono” de Sófocles.

bajo la vulgar y trivial música de la vida. Estas personas me parecían que estaban al mismo nivel que los salvajes y los animales.

Todo lo que veía alrededor reforzaba mi concepción del mundo.

Los poetas escribían versos tristes y se enorgullecían de su melancolía. “Llegó la melancolía, mi amante, mi dueña gris” —murmuré algunas líneas, cuyo autor no recuerdo.

Mis filósofos favoritos hablaban de la melancolía con respeto. “Los melancólicos poseen el sentido de lo sublime” —escribía Kant—, mientras Aristóteles creía que el carácter melancólico del alma contribuye a la agudeza del espíritu y acompaña al genio.

Pero no solo los poetas y los filósofos se encargaban de echar leña a mi apagado fuego. Es sorprendente decirlo, pero en mis tiempos, la tristeza era considerada como signo de persona pensante y en mi entorno, se respetaba a la gente pensativa, melancólica e, incluso, a la aislada de la vida real⁶.

En pocas palabras, empecé a creer que una visión pesimista de la vida es la de una persona pensante, delicada, nacida en el ambiente noble en el que yo vine al mundo.

Por lo tanto, la melancolía, pensaba yo, es mi estado normal, y la tristeza y una cierta aversión por la vida, una característica de mi mente. Y, al parecer, no solo de la mía, sino de cualquier mente, de cualquier conciencia que anhela ser superior a la de un animal.

La verdad es que sería muy triste si fuera así. Pero es probable que realmente sea así. En la naturaleza vencen los tejidos toscos. Triunfan los sentimientos burdos, los pensamientos primitivos. Todo lo que se ha hecho delicado, termina muriendo.

Así pensaba yo cuando tenía dieciocho años y no les oculto que así seguí pensando durante mucho tiempo después.

Pero tengo que reconocer que estaba equivocado. Y ahora estoy encantado de informarles de este terrible error mío que, entonces, casi me cuesta la vida.

Quería morirme porque no veía ninguna otra salida.

En otoño de 1914 comenzó la Primera Guerra Mundial y yo, tras dejar la universidad, me alisté en el ejército para morir con dignidad en el frente por mi país, por mi patria.

6. No hace mucho, cuando hojeaba el “Diario” de V. Briúsov, me encontré con las siguientes líneas: “Yaroshenko, buena persona. Hombre encantador. Que vive su propia vida.

Sin embargo, en la guerra casi dejé de sentir tristeza, que aunque me visitaba de vez en cuando, se me pasaba pronto. Y en la guerra, por primera vez, me sentí casi feliz.

Y pensé pero ¿por qué? Llegué al convencimiento de que en ella había encontrado maravillosos compañeros y, por eso, había dejado de estar triste. Bueno, era lógico.

Serví en el regimiento de Mingrelia, de la División de Granaderos del Cáucaso. Vivíamos en armonía los soldados y los oficiales. O, al menos, era lo que me parecía entonces.

A los diecinueve años ya era teniente, a los 20 años ya tenía cinco condecoraciones y recibí el rango de capitán.

Pero esto no significaba que fuese un héroe. Esto significaba que llevaba dos años en posiciones de vanguardia.

Participé en muchas batallas y caí herido, envenenado por gases, que me afectaron seriamente al corazón. Sin embargo, mi alegría casi no desaparecía.

Al principio de la Revolución, volví a Petrogrado. No sentía ninguna añoranza por el pasado. Al revés, quería una nueva Rusia que no fuera tan triste como la que yo conocía. Deseaba que a mi alrededor hubiera gente sana, optimista y no como yo, inclinada hacia la nostalgia, a la melancolía y a la tristeza.

No experimenté ninguna de las llamadas “discrepancias sociales”. Sin embargo, empecé a experimentar tristeza, como me había sucedido antes.

Probé a cambiar de ciudad y de profesión, para huir de esa terrible tristeza que sentía que iba acabar conmigo.

Me marché a Arjánguelsk, después a Mézen, en el Océano Ártico, y después regresé a Petrogrado. Posteriormente fui a Nóvgorod, a Pskov, a la provincia de Smolénsk y a la ciudad Krásny. Finalmente regresé a Petrogrado...

La tristeza me pisaba los talones.

En tres años había cambiado doce veces de ciudad y diez de profesión.

Fui policía, contable, zapatero y veterinario en una granja de gallinas, telefonista en la Guardia de Frontera, agente del Departamento de Investigación Criminal, Secretario del Juzgado, oficinista.

Pero esto no fue un duro desfile a lo largo de mi vida, sino un verdadero desconcierto.

Pasé de nuevo medio año en el frente, en el Ejército Rojo, cerca de Narva y de Yamburg. Pero mi corazón estaba en muy mal estado a causa de los gases y tuve que pensar en una nueva profesión.

Así, en 1921 empecé a escribir cuentos.

Mi vida no cambió mucho por haberme convertido en escritor. Pero la tristeza no solo no me abandonó, sino que empezó a visitarme con mayor frecuencia.

Consulté a los médicos, que me diagnosticaron, además de melancolía, algo en el corazón, algo en el estómago y algo en el hígado.

Los médicos se dedicaron en cuerpo y alma a mí.

De tres de las enfermedades me empezaron a curar con píldoras y con agua. Principalmente con agua, por dentro y por fuera.

Pero para erradicar la melancolía se decidió utilizar un método combinado por los cuatro costados: por los flancos, por la retaguardia y por el frente, mediante viajes, baños en el mar, duchas Sharkó⁷ y diferentes divertimentos, tan necesarios en mi juventud.

Dos veces al año empecé a visitar los balnearios en Yalta, en Kislovódsk, en Sochi y en otros benditos lugares.

En Sochi conocí a un hombre que sentía una tristeza bastante mayor que la mía. Como mínimo dos veces al año, en el último momento, le quitaban la cuerda del cuello con la que quería ahorcarse. Con un sentido de enorme respeto empecé a hablar con esa persona. Suponía que iba a descubrir en él sabiduría e inteligencia, abundancia de conocimientos, así como una afligida sonrisa de genio, obligado a vagar por nuestra tierra perecedera.

Pero no vi nada de ello.

Era un hombre corto de inteligencia, banal y sin un atisbo de ilustración. En toda su vida no se había leído más de dos libros y salvo el dinero, la comida y las mujeres, no le interesaba nada más.

Ante mí estaba el hombre más mediocre y con las ideas más chabacanas y los deseos más torpes.

Pero no me di cuenta en seguida de que eso era así. Al principio, me pareció que olía a tabaco en la habitación o que el barómetro había caído, lo que presagiaba tormenta. No me sentía bien, cuando hablaba con él y sabía por lo que era. Pero después me di cuenta de que simplemente era tonto. Simplemente un zoquete con el que no se podía hablar más de tres minutos.

Mi sistema filosófico se resquebrajó y aunque entendí que no se trataba de una cuestión de alta conciencia, no sabía, entonces, qué me

7. N.T.: Se trata de un tipo de ducha de impacto, una especie de hidromasaje durante el que, con ayuda de dos mangueras, se lanzan al cuerpo dos potentes chorros de agua: uno de agua muy caliente y otro fría. El inventor de este sistema fue el psiquiatra francés Jean Marter Sharkó, de ahí su nombre.

pasaba. Así que con la mayor de las resignaciones me puse en manos de los médicos.

En dos años ingerí media tonelada de medicamentos y pastillas.

Con resignación estuve tomando todo tipo de abominaciones, que me hacían devolver.

Permití que me pusieran inyecciones, que me hicieran radiografías y que me metieran en la bañera.

Sin embargo, el tratamiento no tuvo éxito. E, incluso, en seguida la gente dejó de reconocerme en la calle porque adelgacé enormemente. Parecía más bien un esqueleto recubierto de piel. Estaba siempre muerto de frío. Las manos me temblaban y el color amarillento de mi piel sorprendía, incluso, a los médicos. Empezaron a sospechar que sufría hipocondría de tal grado que ya los tratamientos estaban de sobra. Se hacían necesarios la hipnosis y el hospital.

Uno de los médicos consiguió hipnotizarme y empezó a convencerme de que en vano sentía melancolía y tristeza, y de que este mundo era maravilloso y no había motivo para la aflicción.

Durante dos días me noté más animado, pero en seguida me empecé a sentir peor que antes, casi dejé de salir de casa y cada nuevo día se me hacía más cuesta arriba.

Los días iban y venían

Los años pasaban sin darme cuenta.

Y me parecía que iba perdiendo la memoria

Sobre los cambios en la tierra...⁸

Apenas podía andar por la calle, sin aliento por las convulsiones cardiacas y los dolores de hígado.

Dejé de ir a los balnearios, o mejor dicho, iba, pasaba allí dos o tres días y volvía a casa con una melancolía mayor que cuando llegué.

Entonces recurrí a los libros. Yo era un joven escritor de solo veintisiete años. Naturalmente, recurrí a mis grandes compañeros, a los escritores, a los músicos... Quería saber si ellos tuvieron lo mismo que yo, si habían sentido una melancolía como la mía. Y si la tuvieron, por qué creían que había aparecido en sus vidas y qué hacían para que les desapareciera.

8. N.T.: "El prisionero de Chillón" (1816) de Lord Byron, cap. 14.

Y empecé a tomar nota de todo lo relacionado con la melancolía, de forma general, sin límites especiales ni argumentos. Sin embargo, intenté tomar todo lo que era característico de esa persona, lo que se repetía en su vida, lo que no parecía casualidad, efímera imaginación o arrebatos, y esos apuntes sorprendieron mi imaginación durante varios años.

“Salgo de casa, a la calle, siento melancolía y de nuevo vuelvo a casa. ¿Para qué? Para entregarme de nuevo a la melancolía...”
Chopin. “Cartas” (1830).

“Yo no sabía dónde esconderme, cuando se apoderaba de mí la melancolía. Yo mismo no sabía de dónde venía esa melancolía...”
“Gógol a su madre” (1837).

“Suelo tener unos arrebatos de melancolía tales que temo tirarme al mar. ¡Querido amigo! Me siento fatal...”
“Carta de Nekrásov a Turguéniev” (1857).

“Me siento tan mal, tan desesperadamente mal, tanto en mi cuerpo como en mi alma, que no puedo vivir...”
Edgar A. Poe. “A Anni” (1848).

“Experimento tal abatimiento de mi alma como nunca lo había experimentado antes. En vano he luchado contra la influencia de esta melancolía. Soy una persona infeliz y no sé porqué...”
Edgar A. Poe a Kennedy (1835).

“Veinte veces al día me viene a la cabeza la idea de pegarme un tiro. Y entonces ese pensamiento me hace sentirme mejor...”
Nekrásov a Turguéniev (1857).

“Todo me da asco. Me parece que con enorme placer me colgaría ahora mismo, solo el orgullo me lo impide...”
Flaubert (1853).

“Vivo mal y me siento fatal. Cada mañana me levanto con el mismo pensamiento: ¿no sería mejor pegarme un tiro...?”
Saltykóv-Schedrin a Pantaléev (1886).

“A esto se sumó una añoranza indescriptible. Y decididamente no sabía ni dónde meterme ni en qué apoyarme...”
Gógol a Pogódin (1840).

“Qué sucio es todo en este mundo, qué insoportable... Qué aburrido es vivir, hablar, escribir...”
L. Andréev. “Diario”. (1919).

“Me siento cansado, extenuado hasta el punto de casi llorar de la mañana a la noche...Me irritan las caras de mis amigos... las comidas diarias, el dormir en una misma cama, mi propia voz, mi cara y su reflejo en el espejo...”
Guy de Maupassant “Bajo el sol” (1881).

“Ahorcarme o tirarme al mar me parecen como si fueran una medicina o un alivio”.
“Gógol a Pletnióv” (1846).

“Estoy cansado de todas las relaciones, estoy harto de todas las personas y todos mis deseos desaparecieron. ¡Ojalá pudiera irme a algún sitio en el desierto o dormir mi “último sueño”!.
V. Briúsov⁹. “Diario” (1898).

“Escondo la soga para no ahorcarme en la viga de mi habitación por la noche, cuando me quedo solo. Ya no voy más de caza con la escopeta para no caer en la tentación de pegarme un tiro. Me parece que mi vida ha sido una farsa absurda”.
L.N. Tolstoi. 1878. —L. L. Tolstoi. “La verdad sobre mi padre”.

Llené un cuaderno entero con frases de este tipo. Me sorprendieron e, incluso, me desconcertaron pues no había elegido a personas a las que les acababa de suceder una desgracia, una calamidad o una pena. Yo describí un estado que se repetía. Elegí a personas, muchas de las cuales dijeron que no comprendían por qué se encontraban en

9. N.T.: Valeri Yákovlevich Briúsov (1873-1924) fue un poeta, dramaturgo, traductor, crítico literario e historiador ruso. Fue uno de los principales miembros del simbolismo ruso.

ese estado. Me quedé conmovido y desconcertado. ¿Cuál es ese sufrimiento al que se había sometido a estas personas? ¿De dónde surge? ¿Y cómo se puede luchar contra él? ¿Con qué medios? ¿Además de la soga y de la bala?

¿Puede ser que este sufrimiento surja de la falta de armonía en la propia vida, de los conflictos sociales, de las preguntas metafísicas? ¿Puede ser que esto cree un terreno abonado para esa melancolía?

Sí, eso es así. Y entonces recordé las palabras de Chernyshévski: “La gente no se ahoga, ni se pega un tiro ni se vuelve loca a causa de preguntas metafísicas”.

Estas palabras me desconcertaron aún más.

No podía encontrar ninguna solución. No era capaz de comprender.

¿Puede ser, sin embargo (de nuevo, pensé), que se trate de un pesar universal, al que están sometidos los grandes hombres, debido a su elevada conciencia?

¡No! Junto a esos grandes hombres que he citado, vi a otros que no sintieron ninguna melancolía, aunque su conciencia era tan elevada como la de aquellos.

E, incluso, fueron muchos más.

En una velada, dedicada a Chopin, interpretaban “El segundo concierto para piano y orquesta”.

Yo estaba sentado en las últimas filas, cansado, extenuado.

Pero “El segundo concierto” ahuyentó mi melancolía. La sala se inundó de potentes y valientes sonidos.

La alegría, la lucha, el poder extraordinario e, incluso, el júbilo sonaron en la tercera parte del concierto.

¿Pero de dónde le venía esa fuerza enorme a esa persona débil, a este músico genial, cuya triste vida yo conocía bien? —pensé—. ¿De dónde le venía esta alegría, ese entusiasmo? ¿Es decir, todo eso él lo tenía? ¿Es que estaba encadenado? ¿A qué?

Entonces pensé en mis cuentos, que hacían reír a la gente y en la risa que estaba presente en mis libros, pero que faltaba en mi corazón.

No les oculto que me asusté, cuando, de repente, me vino a la cabeza la idea de que había que encontrar lo que encadenaba mis fuerzas, el motivo de mi mala suerte en la vida y la causa de que existieran personas como yo, proclives a la melancolía y a la añoranza sin razón.

En otoño de 1926 decidí irme a Yalta y me obligué a quedarme allí cuatro semanas.

Estuve tumbado diez días en la habitación del hotel, y, después, empecé a salir a pasear e ir de excursión a las montañas. A veces me

sentaba horas y horas en la orilla del mar, alegrándome de sentirme mejor, casi bien.

Mejoré mucho en un mes. Y empecé a sentirme tranquilo, incluso alegre.

Para fortalecer aún más mi salud, decidí continuar con mi descanso. Tomé un barco para Batumi, para después tomar un tren directo a Moscú.

Cogí un camarote individual y en un estado de ánimo excelente, me fui de Yalta.

El mar estaba tranquilo y sereno, así que todo el día lo pasé en la cubierta, disfrutando de la costa de Crimea y del mar, que tanto me gustaba y que era la causa de mis viajes a Yalta

De madrugada me subí de nuevo a la cubierta. Despuntaba un día espléndido. Estaba sentado en una hamaca, disfrutando de mi estupendo estado de ánimo. Mis pensamientos eran tremendamente felices. Pensaba en mi viaje, en Moscú, en mis amigos, a los que iba a ver pronto allí. Pero también pensaba que mi tristeza se había quedado atrás, como un enigma que no volvería nunca más.

Era por la mañana temprano. Pensativo, contemplaba el suave deslumbramiento del agua, el reflejo del sol y a las gaviotas que se posaban en el agua con detestables graznidos.

Y de repente, en un instante me sentí mal. Y no solo se trataba de melancolía. Sentía preocupación, estremecimiento, casi pánico. A duras penas pude levantarme de la hamaca. Y a duras penas pude llegar hasta el camarote. Estuve tumbado dos horas en la cama sin moverme. Y de nuevo surgió la tristeza con una intensidad nunca vista hasta entonces.

Intenté luchar contra ella. Subí a la cubierta y empecé a prestar atención a las conversaciones de la gente. Quería abstraerme pero no lo conseguía. Me pareció que no debía ni podía continuar el viaje.

A duras penas me esperé hasta que llegamos a Tuapsé y abandoné el barco para continuar mi viaje unos cuantos días más.

Me sacudía una fiebre nerviosa. En un break llegué hasta el hotel y allí me acosté.

Con fuerza de voluntad, una semana después decidí ponerme en camino.

El camino me abstraía y me entretenía. Empecé a sentirme mejor y la horrible tristeza desapareció.

El camino era largo y empecé a pensar en mi desgraciada enfermedad, que era capaz de desaparecer también tan rápidamente como aparecía. ¿Por qué? ¿Y cuáles eran sus causas?

¿O es que no había causa?

¡Cómo si no hubiera ninguna causa! Al menos debe de haber una “debilidad de nervios” o un exceso de “sensibilidad”, que me hace oscilar como un péndulo horario.

Empecé a preguntarme ¿si yo había nacido débil y sensible o si en mi vida había sucedido algo que había perjudicado mis nervios, los había roto y me había convertido en una desgraciada mota de polvo, arrastrada por cualquier soplo de viento?

Y de repente, me pareció que yo no podía haber nacido tan desgraciado ni tan indefenso. Podía haber nacido débil, escrofuloso, manco o tuerto, o sin una oreja. Pero ¡nacer para sentir angustia sin razón, simplemente por pensar que el mundo parece trivial! No, no soy un marciano. Soy hijo de mi tierra y debo, como cualquier otro animal, sentir entusiasmo por mi existencia. Sentir la felicidad, si todo está bien, y luchar, si todo está mal. ¿Pero sentir tristeza? ¡Cuando, incluso, un insecto que tiene una vida de cuatro horas, se regocija al sol! ¡No, yo no puedo haber nacido un monstruo así!

Y repentinamente comprendí que la causa de mis desgracias residía en mi propia vida. Sin lugar a dudas algo ocurrió, algo sucedió, que influyó en mí de forma tan abrumadora.

¿Pero qué? ¿Y cuándo sucedió? ¿Y cómo buscar ese desgraciado acontecimiento? ¿Cómo encontrar la causa de mi depresión?

Entonces pensé que había que recordar toda mi vida y me puse febrilmente a recordarla. Pero en seguida comprendí que no iba a conseguir nada, si no incluía algún sistema en mis recuerdos.

No hay necesidad de recordar todo, pensé. Basta con recordar lo más fuerte, lo más brillante. Basta con recordar solo lo que estaba relacionado con la inquietud espiritual. Solo ahí es donde podía residir la solución.

Y, entonces, empecé a recordar las imágenes más brillantes que permanecían en mi memoria. Y vi que la memoria las conservaba con inusual precisión. Se conservaban las menudencias, los detalles, el color e, incluso, el olor.

La inquietud espiritual, al igual que la luz de magnesio, iluminaba todo lo que ocurría. Eran fotografías momentáneas que se habían conservado en la memoria de mi cerebro.

Con inusual inquietud empecé a estudiar esas fotografías y vi que me preocupaban incluso más que el deseo de encontrar la causa de mis desgracias.